

Jack Higgins

**EL AGUILA
EMPRENDE EL VUELO**



Liam Devlin se enfrenta a un reto casi imposible: rescatar al hombre que intentó matar a Churchill.

1943. El coronel Kurt Steiner ha sobrevivido a su arriesgado golpe de mano contra Churchill. Prisionero en un lugar secreto, se ha convertido en un rehén incómodo para los británicos... y en una baza apetecible para sectores de la jerarquía nazi. Hay que rescatar a Steiner, y sólo Liam Devlin puede hacerlo. Éste urdirá un plan sutil, imaginativo y muy peligroso.

De principio a fin, el éxito de la operación penderá de un hilo, tan extremadamente fino que cualquier cosa puede romperlo.

Prefacio

A la una de la madrugada del sábado 6 de noviembre de 1943, Heinrich Himmler, *Reichsführer* de las SS y jefe de la policía del Estado, recibió un sencillo mensaje: «*El águila ha aterrizado*».

Eso significaba que una pequeña fuerza de paracaidistas alemanes, bajo el mando del *Oberleutnant* Kurt Steiner, y ayudados por Liam Devlin, un pistolero del IRA, se encontraban en ese momento a salvo en Inglaterra, preparados para secuestrar al primer ministro británico, Winston Churchill, de la casa de campo situada en Norfolk donde se hallaba pasando un tranquilo fin de semana junto al mar.

Al final de ese mismo día, y gracias a un enfrentamiento sangriento en el pueblo de Studley Constable, entre *rangers* estadounidenses y los alemanes, la misión terminó en un fracaso y Liam Devlin fue, aparentemente, el único superviviente.

En cuanto a Kurt Steiner...

1

Londres - Belfast

Había un Ángel de la Muerte situado en un rincón, con los brazos extendidos sobre un ornamentado mausoleo. Recuerdo eso muy bien porque alguien estaba practicando al órgano y la luz penetraba en el camposanto en franjas coloreadas a través de las vidrieras de colores. La iglesia no era especialmente antigua; había sido construida durante un período álgido de prosperidad victoriana, al igual que las casas altas que la rodeaban. Era la plaza de St. Martin. Una buena dirección, en otros tiempos. Ahora no era más que una zona destartalada y atrasada en Belsize Park, aunque eso sí, tranquila; un lugar por donde una mujer sola podía atreverse a caminar hasta la tienda de la esquina a medianoche con plena seguridad, y donde la gente sólo se metía en sus propios asuntos.

El piso situado en el número trece se hallaba al nivel de la calle. Mi agente me lo había prestado, tras obtenerlo de un primo que se había marchado seis meses a Nueva York. Era un tanto anticuado, pero cómodo, y a mí me venía muy bien. Yo estaba terminando una nueva novela y la mayoría de los días necesitaba acudir a la sala de lectura del Museo Británico.

Aquella tarde de noviembre, la tarde en que todo empezó, estaba lloviendo mucho. Poco después de las seis crucé las puertas de hierro y seguí el camino a través del

bosque de monumentos góticos y lápidas. Tenía empapadas las hombreras de la gabardina, a pesar del paraguas, aunque eso no me importaba demasiado. A mí siempre me ha gustado la lluvia, la ciudad al anochecer, las calles húmedas perdiéndose en la oscuridad invernal, con la peculiar sensación de libertad que parecen contener. Y ese día las cosas habían salido bien en cuanto al trabajo, cuyo final estaba definitivamente próximo.

Ahora, el Ángel de la Muerte estaba más cercano, medio envuelto en sombras, a la media luz procedente de la iglesia, con los dos ayudantes de mármol montando guardia ante las puertas de bronce del mausoleo. Todo estaba como siempre, sólo que esta noche podría haber jurado que había una tercera figura que surgía de entre la oscuridad y avanzaba hacia mí.

Por un momento, sentí un escalofrío de verdadero miedo y luego, cuando la figura surgió a la luz, vi a una mujer joven, bastante pequeña, que llevaba una boina negra y una gabardina empapada. Sostenía un maletín en una mano. Su rostro era pálido, los ojos, oscuros, y la mirada era, de algún modo, ansiosa.

—¿El señor Higgins? Es usted Jack Higgins, ¿verdad?

Era estadounidense, eso me pareció evidente. Respiré profundamente para tranquilizar mis nervios.

—En efecto. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tengo que hablar con usted, señor Higgins. ¿Podemos ir a alguna parte?

Vacilé, receloso, por toda clase de razones evidentes, de permitir que aquella situación llegara más lejos; y, sin embargo, me pareció que en aquella mujer había algo fuera de lo común. Algo a lo que uno no podía resistirse.

—Mi piso está situado al otro lado de la plaza —dije.

—Lo sé —asintió ella. Al ver que yo seguía vacilando, añadió—: No lo lamentará, créame. Tengo para usted una información de vital importancia.

—¿Acerca de qué? —pregunté.

—De lo que ocurrió en realidad después de lo de Studley Constable. Oh, hay muchas cosas que usted no sabe.

Y eso fue más que suficiente. La tomé por el brazo y dije:

—Muy bien, protejámonos de esta condenada lluvia antes de que nos ahogue, y así podrá decirme a qué demonios viene todo esto.

El interior de la casa había cambiado muy poco y, desde luego, no había hecho nada en mi piso, donde el inquilino había vivido rodeado por una decoración victoriana, con muchos muebles de caoba, cortinas de terciopelo rojo en la ventana salediza y una especie de papel pintado chino, de colores dorado y verde, con profusión de pájaros. A excepción de los radiadores de la calefacción central, la única concesión a la vida moderna era una especie de fuego de gas en la chimenea que la hacía aparecer como si unos leños ardieran en una cesta de acero inoxidable.

—Es agradable —dijo la mujer volviéndose a mirarme. Pareció más pequeña de lo que había imaginado. Extendió la mano derecha de forma extraña, sosteniendo con firmeza el maletín con la otra mano—. Cohen —se presentó—. Ruth Cohen.

—Permítame esa gabardina —le dije—. La colocaré delante de uno de los radiadores.

—Gracias.

Trató de desatarse el cinturón con una sola mano y yo me eché a reír y le tomé el maletín.

—Permítame —dije, dejándolo sobre la mesa. Al hacerlo, vi sus iniciales grabadas en negro. La única diferencia era que, al final, decía: «Dra. en Fil.»—. ¿Doctora en filosofía? —pregunté.

Ella me sonrió ligeramente, al tiempo que se quitaba la gabardina.

—Harvard, historia moderna.

—Eso es interesante —dije—. Prepararé algo de té, ¿o prefiere tomar café?

—Diez meses de curso para posgraduados en la universidad de Londres, señor Higgins. Definitivamente, prefiero el té.

Me dirigí a la cocina, donde puse a hervir el agua y preparé una bandeja. Encendí un cigarrillo mientras esperaba y, al volverme, la vi apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—¿Cuál fue el tema de su tesis de doctorado? —le pregunté.

—Ciertos aspectos del Tercer Reich en la Segunda Guerra Mundial.

—Interesante, Cohen..., ¿es usted judía? —pregunté, volviéndome para preparar el té.

—Mi padre fue un judío alemán. Sobrevivió a Auschwitz y consiguió llegar a Estados Unidos, pero murió un año después de nacer yo.

No se me ocurrió decir otra cosa que el habitualmente inadecuado:

—Lo siento.

Ella se me quedó mirando, inexpresiva, durante un momento, luego se volvió y regresó al salón. Yo la seguí con la bandeja, que dejé sobre una pequeña mesa de café, situada junto al fuego, y nos sentamos el uno frente al otro, en sendos sillones.

—Lo que explica su interés por el Tercer Reich —le dije, mientras le servía el té.

Ella frunció el ceño y aceptó la taza que le ofrecí.

—Sólo soy historiadora. No tengo ningún agravio que vengar. Mi obsesión particular es el Abwehr, el servicio alemán de inteligencia militar. Deseo descubrir por qué fueron tan buenos, y por qué fueron tan malos al mismo tiempo.

—¿El almirante Wilhelm Canaris y sus alegres hombres? —pregunté, encogiéndome de hombros—. Yo diría que nunca puso verdadero empeño en su trabajo, aunque eso

es algo que nunca sabremos, puesto que las SS lo ahorcaron en el campo de concentración de Flossenburg, en abril del cuarenta y cinco.

—Lo que me conduce hasta usted —dijo ella—. Y a su libro *Ha llegado el águila*.

—Sólo se trata de una novela, doctora Cohen —dije—. Pura especulación.

—Por lo menos el cincuenta por ciento del material que utiliza en ella son hechos históricos documentados. Eso es algo que usted mismo afirma al principio de su libro.

Se inclinó hacia delante, con las manos agarrándose las rodillas, con una cierta ferocidad en su actitud.

—Está bien —admití con suavidad—, ¿a dónde la lleva eso exactamente?

—¿Recuerda cómo descubrió usted el asunto? ¿El detalle que le hizo empezar?

—Desde luego —asentí—. El monumento a Steiner y a sus hombres, que los habitantes del pueblo de Studley Constable habían ocultado bajo la lápida, en el cementerio de la iglesia.

—¿Recuerda lo que decía?

—*Hier ruhen Oberleutnant Kurt Steiner und 13 deutsche Fallschirmjäger gefallen am 6 November 1943.*

—Exactamente —dijo ella—. Aquí descansan el teniente coronel Kurt Steiner y trece paracaidistas alemanes muertos en acción el seis de noviembre de mil novecientos cuarenta y tres.

—¿A dónde pretende usted llegar?

—Bueno, trece más uno son catorce, mientras que en esa tumba no hay catorce cuerpos, sino sólo trece.

La miré con una expresión de incredulidad.

—¿Y cómo demonios ha deducido usted eso?

—Porque Kurt Steiner no murió aquella noche, en la terraza de Meltham House, señor Higgins. —Tomó entonces el maletín que había traído, lo abrió y extrajo de su interior

un sobre grande de papel marrón—. Y aquí tengo la prueba de lo que afirmo.

Esto, definitivamente, exigía un *whisky* Bushmills. Me serví uno y pregunté:

—Muy bien, ¿puedo verla?

—Desde luego, ésa es la razón por la que he venido a verle, pero antes permítame explicarle algo. Cualquier estudio de los asuntos relacionados con el Abwehr alemán durante la Segunda Guerra Mundial se refiere constantemente al trabajo del SOE, o *Special Operations Executive*, es decir, departamento ejecutivo de operaciones especiales, creado por la inteligencia británica en mil novecientos cuarenta, siguiendo instrucciones de Churchill, para coordinar la resistencia y los movimientos clandestinos en toda Europa.

—«Incendiar Europa», eso fue lo que ordenó el viejo —dije.

—Me sentí fascinada al descubrir que una serie de estadounidenses trabajaron para el SOE antes de que Estados Unidos entrara en guerra. Pensé que se podría escribir un libro sobre ese tema. Me las arreglé para venir aquí y llevar a cabo la investigación; uno de los nombres con los que me encontré una y otra vez fue el de Munro, brigadier Dougal Munro. Antes de la guerra era un arqueólogo que trabajaba en Oxford. En el SOE fue jefe de la sección D, conocida habitualmente como el departamento de asuntos sucios.

—He oído hablar de él —dije.

—Llevé a cabo la mayor parte de mi investigación en la Oficina de Registros Públicos. Como sabe, son pocos los archivos relacionados con cuestiones de inteligencia militar que se ponen inmediatamente a disposición del público. El contenido de algunos de esos archivos no puede desvelarse hasta después de transcurridos veinticinco años, el de otros, hasta después de cincuenta...

—Y cuando se trata de material excepcionalmente sensible, han de transcurrir cien años —dije.

—Y eso es lo que yo tengo aquí —dijo ella extendiendo una carpeta—. Se trata de un archivo, con prohibición de divulgación durante cien años, referente a Dougal Munro, Kurt Steiner, Liam Devlin y otros. Es toda una historia, puede usted creerme.

Me entregó la carpeta y yo la sostuve sobre las rodillas, sin abrirla.

—¿Y cómo demonios ha conseguido esto?

—Ayer mismo estuve comprobando algunos archivos referentes a Munro. Estaba de servicio un joven empleado, y supongo que actuó con descuido. El caso es que encontré la carpeta metida entre otras dos, sellada, desde luego. Una tiene que hacer la investigación de acuerdo con las facilidades ofrecidas por la Oficina de Registros, pero, puesto que esta carpeta se había traspapelado y no estaba en el formulario de préstamo, la saqué metiéndola en mi maletín.

—Lo que representa un delito criminal, según la ley de Cuestiones de la Defensa —le dije.

—Lo sé. Abrí los sellos con todo el cuidado que pude y leí el contenido de la carpeta. Se trata únicamente de un resumen de treinta páginas de ciertos acontecimientos... realmente asombrosos.

—¿Y luego?

—Hice fotocopias de las páginas.

—Las maravillas de la tecnología moderna les permitirán saber lo que se ha hecho.

—Lo sé. De todos modos, volví a sellar la carpeta y la he devuelto esta misma mañana a su sitio.

—¿Y cómo se las ha arreglado para hacerlo? —pregunté.

—Ayer volví a comprobar los mismos archivos. Luego llevé la carpeta relacionada con Munro al empleado de servicio y le dije que se había producido un error.

—¿Y la creyó?

—Supongo que sí. Quiero decir, ¿por qué no iba a creermelo?

—¿Se trataba del mismo empleado?

—No, era alguien más viejo.

Me quedé allí sentado, pensando, sintiéndome decididamente inquieto.

—¿Por qué no prepara usted un poco de té recién hecho mientras yo le echo un vistazo a esto? —le pedí finalmente.

—Muy bien.

Tomó la bandeja y abandonó el salón. Después de un momento de vacilación, abrí la carpeta y empecé a leer.

Ni siquiera me di cuenta de que ella estaba allí, de tanto como me enfrasqué en los acontecimientos registrados en las páginas contenidas en aquella carpeta. Una vez que hubé terminado de leer, la cerré y levanté la mirada. Ella había vuelto a sentarse en el otro sillón, y me estaba mirando, con una expresión curiosamente intensa en su rostro.

—Comprendo la prohibición de divulgación de estos hechos durante cien años —dije—. Las potencias no querían que se divulgara nada de lo que hay aquí, ni siquiera ahora.

—Eso fue lo mismo que yo pensé.

—¿Puedo quedarme con este material durante un tiempo?

—Hasta mañana, si así lo desea —asintió tras un momento de vacilación—. Yo regresaré a Estados Unidos en el vuelo de la noche. Por Pan Am.

—¿Se trata acaso de una decisión repentina?

—En efecto —admitió levantándose y recuperando su gabardina—. He decidido que sería mejor estar en mi propio país.

—¿Preocupada? —le pregunté.

—Probablemente estoy reaccionando de un modo hipersensible, pero seguro. Pasaré a recoger la carpeta mañana por la tarde. Digamos que a las tres, de camino hacia el aeropuerto de Heathrow, ¿le parece bien?

—Estupendo —asentí dejando la carpeta sobre la mesa de café.

El reloj de la repisa de la chimenea hizo sonar las campanadas de la media, después de las siete, mientras yo la acompañaba hasta la puerta. La abrí y permanecimos allí un momento, con la lluvia cayendo con fuerza.

—Desde luego, hay alguien que confirmaría la veracidad del contenido de esa carpeta —dijo ella—. Liam Devlin. En su libro dijo usted que seguía deambulando por ahí, operando con el IRA provisional en Irlanda.

—Eso fue lo último que oí decir de él —dije—. Ahora tendría sesenta y siete años, pero seguiría con vida.

—Muy bien —dijo ella sonriendo—. Le veré entonces mañana por la tarde.

Bajó los escalones y se alejó, caminando bajo la lluvia, desapareciendo entre la neblina de primeras horas de la noche, al final de la calle.

Me senté junto al fuego y leí el contenido de la carpeta por segunda vez. Luego, fui a la cocina y me preparé más té y un bocadillo de pollo. Me senté ante la mesa y me dediqué a reflexionar en todo aquello mientras comía.

Resulta extraordinario observar cómo los acontecimientos surgidos de la nada son capaces de cambiar las cosas. Eso ya me había sucedido en otra ocasión, con el descubrimiento de aquel monumento oculto a Steiner y a sus hombres, en el cementerio de Studley Constable. En aquel entonces, yo andaba investigando para redactar un artículo para una revista de historia. En lugar de eso, me encontré con algo tan inesperado que terminó por cambiar toda mi vida. Escribí sobre ello un libro que dio la vuelta al mundo,

desde Nueva York a Moscú, y me hizo rico. Ahora, de repente, sucedía esto, de Ruth Cohen y su carpeta robada, y yo me sentía lleno de la misma extraña y hormigueante excitación.

Tenía que bajar a la tierra. Ver las cosas con perspectiva. Así que me fui a darme una ducha, me tomé mi tiempo, me afeité y me vestí de nuevo. Sólo eran las ocho y media y no daba la impresión de que fuera a acostarme temprano, si es que me acostaba.

No me quedaba más *whisky*, y necesitaba pensar, así que me preparé más té y volví a instalarme en el sillón junto al fuego. Encendí un cigarrillo y empecé a repasar de nuevo el contenido de la carpeta.

Sonó el timbre de la puerta, despertándome de mi ensoñación. Miré el reloj. Era poco antes de las nueve. El timbre volvió a sonar, con insistencia, y volví a dejar las páginas en la carpeta, la dejé sobre la mesita y me dirigí hacia la puerta. Se me ocurrió pensar que podría tratarse nuevamente de Ruth Cohen, pero no podría haber estado más equivocado porque, al abrirla, me encontré allí a un joven policía con su impermeable azul marino húmedo a causa de la lluvia.

—¿Señor Higgins? —preguntó, mirando un trozo de papel que sostenía en la mano izquierda—. ¿El señor Jack Higgins?

A veces resulta tan extraña la certidumbre que sentimos de estar a punto de recibir malas noticias, que ni siquiera necesitamos que nos las comuniquen.

—Sí —asentí.

—Siento mucho molestarle, señor —dijo el policía entrando en el vestíbulo—, pero estoy haciendo una investigación relativa a la señorita Ruth Cohen. ¿Es usted amigo de ella, señor?

—No exactamente —contesté—. ¿Hay algún problema?

—Me temo que esa joven ha muerto, señor. Fue un accidente de circulación en la parte de atrás del Museo Britá-

nico, hace una hora. El conductor se dio a la fuga.

—¡Dios santo! —susurré.

—Lo cierto, señor, es que encontramos su nombre y dirección en una tarjeta que llevaba en el bolso.

Fue muy difícil asumirlo. Hacía muy poco tiempo ella había estado ante aquella misma puerta. El policía apenas si tendría veintiuno o veintidós años de edad. Era lo bastante joven como para sentir preocupación por los demás, y me puso una mano en el brazo.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Un poco conmocionado, eso es todo —contesté. Respiré profundamente—. ¿Qué es lo que desea usted de mí?

—Parece ser que la joven dama trabajaba en la universidad de Londres. Hemos investigado en el alojamiento de estudiantes que utilizaba, pero, como es fin de semana, no había nadie por allí. Se trata de una cuestión de identificación oficial, para el juez de instrucción.

—¿Y quisiera usted que yo la identificara?

—Si no le importa, señor. No está lejos, en el depósito de Kensington.

Respiré profundamente una vez más y me preparé para lo que me esperaba.

—Está bien. Permítame un momento para recoger la gabardina.

El depósito estaba en un edificio de aspecto deprimente, en una calle lateral, y parecía más un almacén que cualquier otra cosa. Al entrar en el vestíbulo encontramos a un portero de servicio uniformado, sentado ante una mesa. Había un hombre pequeño y moreno, que debía de tener unos cincuenta años, y que estaba de pie junto a la ventana, contemplando cómo llovía, con un cigarrillo encendido colgando de la comisura de los labios. Llevaba un sombrero de tejido flexible y una trinchera.

Se volvió a mirarme, con las manos en los bolsillos.

—El señor Higgins, ¿verdad?

—Sí —contesté.

No se dignó sacar las manos de los bolsillos. Tosió y la ceniza del cigarrillo le cayó sobre la trinchera.

—Soy el inspector jefe Fox. Un asunto de lo más infortunado, señor.

—Sí.

—Esta joven, Ruth Cohen, ¿era amiga suya?

—No —contesté—. La conocí esta misma tarde.

—Llevaba su nombre y dirección anotados en su bolso.

—Y antes de que yo pudiera explicar nada, siguió diciendo —: En cualquier caso, será mejor terminar con esto de una vez. Si quiere venir por aquí...

La sala en la que me hicieron entrar estaba cubierta de azulejos blancos y tenía una brillante iluminación fluorescente. Había una hilera de mesas de operación. El cuerpo estaba en la del extremo, cubierto con una sábana blanca, de goma. Ruth Cohen tenía un aspecto muy tranquilo, con los ojos cerrados, pero la cabeza aparecía envuelta en una capucha de goma empapada de sangre.

—¿Identifica usted formalmente a la fallecida como Ruth Cohen, señor? —preguntó el policía.

—Sí, es ella —asentí y el policía volvió a cubrirla con la sábana.

Al volverme, vi a Fox sentado en el extremo de una mesa situada en un rincón, encendiendo otro cigarrillo.

—Como ya le dije, encontramos su nombre en el bolso de esa mujer.

Y fue entonces, como si alguien hubiera apretado un conmutador en mi cabeza, cuando volví de pronto a la realidad. Alcanzada por un vehículo cuyo conductor se había dado a la fuga; un delito muy grave, pero ¿por qué había merecido la atención de todo un inspector jefe? ¿Y no había algo extraño en aquel Fox, con su rostro saturnino, y sus